

# El género discursivo literatura testimonial

Jorge Eduardo Suárez Gómez



3

Natalia Botero. Vía Bucaramanga-Bogotá. De la exposición *Al sol al viento*. 2013

Para Mijaíl Bajtín, el estudio del texto “no puede realizarse satisfactoriamente sin antes haber elucidado las claves genéricas del mismo y, consiguientemente, la tradición en que aquel se inserta”.<sup>1</sup> De acuerdo con el lingüista ruso, esta ubicación del género se realiza a partir de las características de los enunciados propios de cualquier esfera de actividad humana relacionada con el lenguaje: “Cada enunciado separado es, por supuesto individual, pero cada esfera del uso de la lengua elabora sus

tipos relativamente estables de enunciados, a los que denominamos géneros discursivos”.<sup>2</sup>

Cada género discursivo se caracteriza por una particular articulación de contenidos temáticos, estilo y composición. La literatura testimonial puede considerarse entonces un género discursivo. Buscando perfilar las características del género y sus enunciados, puede decirse que la literatura testimonial es “un discurso que pretende dar prueba de un hecho social

previo a través de la voz de lo(s) testigo(s) de los acontecimientos".<sup>3</sup>

John Beverley, uno de los estudiosos más reconocidos en el tema de la literatura testimonial latinoamericana, afirma, de forma mucho más concreta, que el testimonio es "una narración con la extensión de una novela corta, en forma de libro o panfleto (esto es, impresa y no acústica), contada en primera persona por un narrador que es también el verdadero protagonista o testigo de los sucesos relatados, y cuya unidad narrativa es por lo general una 'vida' o una experiencia significativa de vida".<sup>4</sup>

Además de los elementos anteriores (centralidad del testigo que narra lo sucedido en una vida), puede decirse que los enunciados de las obras testimoniales tienen también elementos orales y memoriales, en la medida en que pretenden sacar a la luz "la expresión de un sentimiento popular que ha sido acallado, cubierto por las informaciones oficiales".<sup>5</sup> Dice Gustavo García que el testimonio conserva la memoria: "oralidad y escritura se dan la mano para preservar el discurso".<sup>6</sup>

El testimonio permite también la construcción de identidades políticas, en la medida en que se convierte en "el instrumento por el cual grupos marginados y marginales emergen en movimientos de liberación y recomponen, desde una postura privada (la del testigo), una posición de 'conjunto' o de clase estructurada en torno a intereses ideológicos o situaciones coyunturales de reivindicación de sus derechos".<sup>7</sup> De acuerdo con John Beverley, el género se desarrolló "muy cerca de los movimientos de liberación nacional y del radicalismo cultural generalizado en esa época".<sup>8</sup>

Perfilada así la literatura testimonial o el testimonio en tanto tema, estilo y composición (libro publicado con la extensión de una novela en la que tiene centralidad un testigo que narra desde la oralidad lo sucedido en una

vida a partir de elementos memoriales y políticos), puede hablarse de su cercanía o identidad con otras denominaciones del testimonio y con otros géneros discursivos. Algunos autores hablan de "novela política", "novela testimonio", "novela documental", "narración testimonial", "diario", "entrevistas", "ficciones documentales", "narrativa de no ficción", "literatura de resistencia", "historia oral", "autobiografía", "memoria autobiográfica", entre otras denominaciones, que indican lo complejo de definir las narrativas que incorporan en mayor o menor medida testimonios. Estamos de acuerdo con Beverley cuando afirma que el testimonio, sin estar subsumido en ninguna de esas denominaciones, puede incluirlas.

En América Latina este género surgió en los años sesenta. No es que antes no existieran en la literatura textos narrativos que pudieran llamarse testimoniales, sino que, es a partir de este momento que el género adquiere los contornos que le conocemos hoy.

Cuba fue el epicentro de esta corriente que se expandió por todo el continente. Miguel Barnet es uno de sus más importantes cultores. Su libro *Biografía de un cimarrón* (1966) fue pionero. Después de su publicación, Barnet hizo una serie de reflexiones teóricas en torno al tema que han sido bastante influyentes. De acuerdo con Francisco Theodosiadis, el género testimonial en América Latina "comienza a generalizarse en los 60 cuando Miguel Barnet publica su libro en 1966".<sup>9</sup>

Habría que destacar también el carácter literario de este género. En las obras testimoniales pertenecientes al subgénero novela-testimonio este rasgo es completamente visible. Por novela testimonio podemos entender, de acuerdo con Lucía Ortiz, aquella narración en la que "aunque el referente del acontecer es por convención 'real' y 'verificable', su presentación discursiva a través de la persona autorial representada en el texto es una entidad

imaginaria. [...] La construcción de un texto de este tipo se convierte inevitablemente en una decisión artística consciente”.<sup>10</sup> La novela testimonio es una obra que, partiendo de la oralidad, noveliza las experiencias humanas.

Podría objetarse que algunos textos de la literatura testimonial no cumplen esta característica, en la medida en que no implican aparentemente ningún grado de ficción o literaturización. Este tipo de obras encajan en el subgénero historia oral o testimonio directo, que se puede caracterizar como aquel en el cual los mediadores “solo someten el discurso original del testigo a las básicas reglas de concordancia gramatical, sin alterar o modificar en esencia el texto original”.<sup>11</sup>

Aunque se diera el caso extremo de que no existiera ningún tipo de mediador,<sup>12</sup> lo escrito está sujeto a los vaivenes de la memoria: pluralidad de sentidos, multiplicidad de experiencias, selectividad de lo recordado, dominio de lo cualitativo frente a lo cuantitativo, dominio del presente sobre el pasado, influencias de lo colectivo sobre lo individual. El “testimonio directo” sería la transcripción de una narración que, por pertenecer al registro de la memoria, siempre comportaría algún grado de ficción y, por ende, de literaturización de las experiencias. Su dependencia de la oralidad también lo impone un contenido estético: “Las culturas orales producen, efectivamente, representaciones verbales pujantes y hermosas de gran valor artístico y humano”.<sup>13</sup>

Esta “poética de la oralidad” es destacada por la poeta María Mercedes Carranza en la presentación de una obra de Alfredo Molano: “Toda esa riqueza en el manejo del idioma, toda esa imaginaria es captada y transcrita con gran acierto, sin caer en el folklorismo costumbrista que solo se deleita en la deformación fonética de las palabras y deja a un lado la creatividad de un habla que busca la eficacia y se expresa sin inhibiciones, y la profundidad y belleza de una sabiduría tan sólida como una roca”.<sup>14</sup>

Hechas las precisiones en cuanto a la característica de los enunciados testimoniales y literarios del género, podría concluirse que en la literatura testimonial se literaturiza un hecho social estructurándose “una unidad discursiva híbrida y subordinada a los intereses ideológicos de sus productores”.<sup>15</sup>

## Notas

1. Jiménez Estrada, C. (1998). “De la novela-testimonio como género”, en: *Íkala, Revista de lenguaje y cultura*, vol. 3, n.º 5, 86.
2. Bajtín, M. (1999). *Estética de la creación verbal*, México, Siglo XXI, 4.
3. García, G. (2003). *La literatura testimonial latinoamericana. (Re) presentación y (auto) construcción del sujeto subalterno*. Madrid, Editorial Pliegos, 2003, 38.
4. Beverley, J. (2010). *Testimonio: sobre la política de la verdad*, México, Bonilla Artigas, 22.
5. Theodosiadis, F. (1996). *Literatura testimonial. Análisis de un discurso periférico*, Bogotá, Cooperativa Editorial Magisterio, 18.
6. García, G. *Op. cit.*, 68.
7. Ídem, 24.
8. Beverley, J. *Op. cit.*, 23.
9. Theodosiadis, F. *Op. cit.*, 19.
10. Ortiz, L. (1997). *La novela colombiana hacia finales de siglo veinte*, Nueva York, Peter Lang, 124.
11. Theodosiadis, *Op. cit.*, 37.
12. Esto es muy poco frecuente aunque no aparezca un mediador explícito en los créditos del libro. Cuando el testigo es el autor directo, los editores se convierten en importantes mediadores.
13. García, G. *Op. cit.*, 68.
14. Carranza, M. M. (1993). “El otro país”, en: *Así mismo*, Bogotá, Los Cuatro Elementos, 12.
15. García, G. *Op. cit.*, 50.

**Jorge Eduardo Suárez Gómez.** Estudió Ciencia Política y cursó una maestría en Ciencias Sociales. Actualmente es profesor asistente del Departamento de Trabajo Social de la Universidad de Antioquia. Ha publicado, entre otros, los libros: *Colombia Nunca Más: crímenes de lesa humanidad en la Comuna Trece* y *La literatura testimonial como memoria de las guerras en Colombia: Siguiendo el corte y 7 años secuestrado* (Medellín, Universidad de Antioquia, Fondo Editorial de la Facultad de Ciencias Sociales y Humanas, 2016) del cual extractamos y adaptamos el fragmento aquí publicado (pp. 35-38).